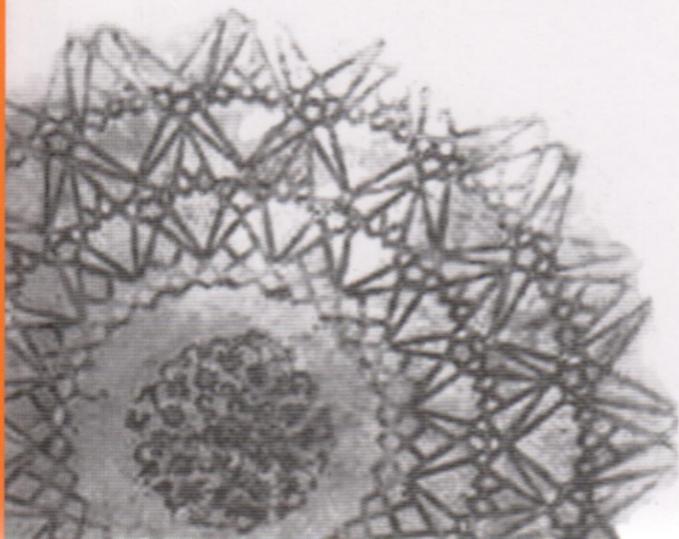


RAIMON PANIKKAR

INICIACIÓN A LOS VEDA

FRAGMENTA EDITORIAL



LOS VEDA SON uno de los corpus de literatura religiosa más antiguos de la humanidad, además de constituir uno de los primeros documentos literarios de la India (entre el 2000 y el 1000 a. C.). Se trata de una de las manifestaciones más bellas del Espíritu, al decir de Raimon Panikkar, que dedicó diez años de su vida a traducirlos y comentarlos.

Esta antología es un compendio de la revelación védica entendida como el desvelar de las profundidades que siguen resonando entre nosotros. La revelación védica abre el proceso de quien se hace consciente y se descubre a sí mismo. No es el mensaje de otro ser, sino la manifestación progresiva de la realidad misma a la consciencia humana.

A partir de una selección de himnos védicos, este libro propone un auténtico camino iniciático que, siguiendo el ritmo de la vida del cosmos, nos lleve al nacimiento de la verdadera Vida en nosotros.

ISBN: 978-84-84-92416-38-7



9 788492 416387



RAIMON PANIKKAR (Barcelona, 1918 – Tavertet, 2010), de padre indio e hindú y madre catalana y cristiana, es una de las voces más lúcidas del pensamiento contemporáneo por sus singulares aportaciones al diálogo intercultural e interreligioso. Doctor en filosofía, en ciencias y en teología, ejerció la docencia en varias universidades de Europa, la India y los Estados Unidos. En 1946 es ordenado sacerdote católico. Pisa la India por primera vez en 1954: «Me fui cristiano, me descubrí hindú y vuelvo budhista, sin haber dejado nunca de ser cristiano.» En los años ochenta se instala en Tavertet (Prepirineo catalán). La obra de Panikkar ha sido estudiada por cuarenta tesis doctorales y por cinco congresos internacionales monográficos. Fragmenta Editorial publica su *Opera Omnia* (18 volúmenes) en catalán.



RAIMON PANIKKAR (Barcelona, 1918 – Tavertet, 2010), de padre indio e hindú y madre catalana y cristiana, es una de las voces más lúcidas del pensamiento contemporáneo por sus singulares aportaciones al diálogo intercultural e interreligioso. Doctor en filosofía, en ciencias y en teología, ejerció la docencia en varias universidades de Europa, la India y los Estados Unidos. En 1946 es ordenado sacerdote católico. Pisa la India por primera vez en 1954: «Me fui cristiano, me descubrí hindú y vuelvo budhista, sin haber dejado nunca de ser cristiano.» En los años ochenta se instala en Tavertet (Prepirineo catalán). La obra de Panikkar ha sido estudiada por cuarenta tesis doctorales y por cinco congresos internacionales monográficos. Fragmenta Editorial publica su *Opera Omnia* (18 volúmenes) en catalán.

Iniciación a los Veda

FRAGMENTOS, 2

Raimon Panikkar

INICIACIÓN A LOS VEDA

Selección de

MILENA CARRARA

Traducción de

LAIA VILLEGAS

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original INIZIAZIONE AI VEDA

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL, SLL
Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 2

Primera edición FEBRERO DEL 2011

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción editorial JULIA ARGEMÍ
Producción gráfica INÊS CASTEL-BRANCO

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, SA

© 2003 FUNDACIÓ VIVARIUM RAIMON
PANIKKAR
por el texto

© 2011 LAIA VILLEGAS TORRAS
por la traducción del italiano

© 2011 FRAGMENTA EDITORIAL
por esta edición

Depósito legal B. 5.108-2011
ISBN 978-84-92416-38-7

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

ÍNDICE

<i>Abreviaturas</i>	7
<i>Prólogo</i> , MILENA CARRARA	9
LOS VEDA	13
MANTRAMAÑJARĪ	19
<i>Agni</i>	20
<i>Gāyatrī</i>	21
I AURORA Y NACIMIENTO	23
Himno al Preludio · <i>ādi</i>	27
Himno a la Aurora · <i>Uṣas</i>	31
Himno al Nacimiento · <i>prathamam janma</i>	33
II GERMINACIÓN Y CRECIMIENTO	35
El aliento de la vida · <i>prāṇa</i>	42
Plegaria por la felicidad · <i>svastyayana</i>	46
III ECLOSIÓN Y PLENITUD	49
La luz interior · <i>ātmajyotis</i>	53
El sacrificio del fuego · <i>agnihotra</i>	55

	El sacrificio es el hombre · <i>puruṣayajña</i>	56
	El sacrificio de la mente · <i>mānasayajña</i>	57
	La acción integral · <i>karmayoga</i>	59
IV	CREPÚSCULO Y DECLIVE	61
	Más allá del dolor y el sufrimiento · <i>vītasōka</i>	66
	El conocimiento que purifica · <i>jñānaśuddhi</i>	67
	El fuego del conocimiento · <i>jñānāgni</i>	68
V	MUERTE Y DISOLUCIÓN	69
	La gran partida · <i>mahāprasthāna</i>	73
	En la muerte se halla la inmortalidad · <i>antaram mṛtyor amṛtam</i>	75
VI	VIDA NUEVA Y LIBERTAD	77
	La vía ascendente · <i>brahmajñāna</i>	81
	La vía interior · <i>puruṣo'ntarātma</i>	85
	Yo · <i>aham</i>	88
	El encuentro · <i>yoga</i>	91
	Tú · <i>tvam</i>	94
	La inmortalidad · <i>amṛta</i>	98

ABREVIATURAS

AU	Aitareya-upaniṣad
AV	Atharva-veda
BG	Bhagavad-gītā
BU	Bṛhadāraṇyaka-upaniṣad
CU	Chāndogya-upaniṣad
IsU	Īśā-upaniṣad
KAIVU	Kaivalya-upaniṣad
KATHU	Kaṭha-upaniṣad
KAUSB	Kauṣītaki-brāhmaṇa
MAHANARU	Mahānārāyaṇa-upaniṣad
MAITU	Maitrī-upaniṣad
MUNDU	Muṇḍaka-upaniṣad
PRASNU	Praśna-upaniṣad
RV	Ṛg-veda
SB	Śatapatha-brāhmaṇa
SU	Śvetāśvatara-upaniṣad
SURYU	Sūrya-upaniṣad
TB	Taittirīya-brāhmaṇa
TU	Taittirīya-upaniṣad
U	Upaniṣad
V	Veda

PRÓLOGO

ESTE BREVE TEXTO pretende ser solo una invitación a la lectura del libro *The vedic experience. Mantramañjarī. An anthology of the Vedas for modern man and contemporary celebration*, de Raimon Panikkar.¹

Una lectura exigente, sobre todo para quien conoce poco la cultura índica, tan distinta a la nuestra, pero que tanto nos puede ofrecer, siempre que no nos acerquemos a ella impulsados por la mera curiosidad, sino deseosos de descubrir en nosotros la luz que viene de Oriente. Es la luz temprana del alba de la humanidad que permite al hombre orientarse en la vida, para

1. *The vedic experience. Mantramañjarī. An anthology of the Vedas for modern man and contemporary celebration*, edited and translated with introduction and notes by Raimundo Panikkar, University of California Press, Los Ángeles, 1977; Darton, Longman & Todd, London, 1979; All India Books, Pondicherry, 1983; Motilal Banarsidass, Delhi, 1989 y 1994. Edición italiana: Raimon PANIKKAR, *I Veda – Mantramañjarī. Testi fondamentali della rivelazione vedica*, a cura di Milena Carrara Pavan, Biblioteca Universale Rizzoli, Milano, 2001 (3.^a ed.: 2005).

seguir luego por su camino, gracias a la luz vespertina que él mismo ha conquistado.

INICIACIÓN A LOS VEDA es el título que hemos elegido para denominar esta invitación a gustar la experiencia védica, la experiencia humana en su esfuerzo por descubrir el sentido de la vida del hombre y del mundo.

Se podría haber titulado también INICIACIÓN DE LOS VEDA, puesto que describe el camino iniciático del hombre védico que se hace consciente de la Vida en sí mismo; o incluso: INICIACIÓN EN LOS VEDA, en tanto que el conjunto entero de los himnos védicos no es otra cosa que la celebración de la iniciación a la Vida, del renacimiento del hombre. Los mitos y los ritos que se describen en estas páginas constituyen el universo simbólico a través del cual tiene lugar el contacto con lo sagrado y, por lo tanto, con la realidad.

La iniciación, esta experiencia existencial necesaria para la plenitud de la condición humana, representa uno de los fenómenos más significativos de la humanidad: la modificación ontológica del hombre y, en consecuencia, su nueva manera de relacionarse con la vida y el cosmos. Presente en todas las culturas arcaicas y las grandes religiones —pero ignorada en nuestra sociedad moderna, aunque viva en el misterio iniciático del bautismo cristiano—, la iniciación mantiene viva la enseñanza de los grandes sabios, cuya

misión es revelar a las nuevas generaciones el sentido de lo sagrado, del cosmos y de la vida.

Esperamos que este tipo de enseñanzas, llegadas desde tan lejos en el tiempo y el espacio, encuentren un terreno fértil en nosotros; que estemos listos para acogerlas y disponerlas en el *bouquet (mañjarī)* —cada vez más rico y diverso— que constituye la experiencia humana.

Esta es la esperanza de Raimon Panikkar, quien ha dedicado diez años de su vida a la traducción y comentario de los Veda. Autor de numerosos textos, intenta abrir el camino al hombre de hoy hacia la experiencia que religa en él las dimensiones divina, humana y cósmica, permitiéndole alcanzar su plenitud y su felicidad.

No se trata de ir hacia *delante* buscando soluciones, instrumentos más potentes o simplemente más dinero, ni de ir *hacia atrás* como querrían algunos conservadores, sino de ir *más allá*, es decir, redescubrir la tercera dimensión en nosotros, preguntándonos una vez más cuál es el sentido de la vida, de la realidad, y nuestro papel en ella.

Cada cultura, cada tradición, cada religión, busca la felicidad del hombre: solamente enriqueciendo nuestra visión de la realidad con la de los otros podremos

alcanzar la reconstrucción de la realidad que hoy en día se ha hecho ineludible. De ahí la importancia que el autor atribuye a la interculturalidad.

MILENA CARRARA

LOS VEDA

UNA DE LAS MANIFESTACIONES más bellas del Espíritu es sin duda la que nos ha llegado bajo el nombre de los Veda. La palabra *veda*, que en sánscrito significa 'conocimiento supremo, revelación', designa uno de los corpus de literatura religiosa más antiguos de la humanidad, que apareció en el norte de la India entre el 2000 y el 1000 a. C. como resultado de un extraordinario encuentro intercultural entre los arios, que hablaban una lengua indoeuropea, y la población indígena, que hablaba una lengua anterior a las dravídicas.

Los Veda —que incluyen las cuatro grandes compilaciones: Ṛg-veda, Sāma-veda, Yajur-veda y Atharva-veda—, así como las Upaniṣad y la Bhagavad-gītā, fueron inicialmente cantados y recitados y, posteriormente, escritos en la antigua lengua indoaria conocida como védico, anterior al sánscrito clásico.

Esta antología no es un libro sobre la filosofía índica o sobre la espiritualidad hindú, ni mucho menos una obra específica de indología; no es un intento de examinar el pasado en sí y por sí mismo, sino un resumen de la revelación védica, entendida como desvela-

miento de las profundidades que siguen resonando en el corazón del hombre moderno, con la finalidad de que pueda adquirir más conciencia del propio patrimonio humano y, en consecuencia, de las fuentes de su ser personal. Esta obra busca, por lo tanto, presentar los Veda como una experiencia humana que todavía es válida y capaz de enriquecer y estimular al hombre contemporáneo para que viva una vida plenamente humana, una vida que no se agote simplemente en la acción y que no se limite a un plano espacio-temporal bidimensional, sino que alcance la plenitud a través de la realización completa de todas las posibilidades.

La revelación védica abre el proceso del hombre que «se hace consciente» y se descubre a sí mismo, junto a los tres mundos y sus relaciones mutuas. No es el mensaje de otro ser, sino la manifestación progresiva de la realidad misma a la conciencia humana.

Este libro no es, por tanto, una lectura que pueda tomarse a la ligera: representa un auténtico camino iniciático que, al ritmo de la vida del cosmos, nos lleva a la realización del nacimiento de la verdadera Vida en nosotros.

Los himnos que se recogen aquí son plegarias. Recordemos que el universo entero vibra al son de una auténtica plegaria: esta es una «acción sagrada» si la realizamos con todo nuestro ser, en tanto que abarca la plena realidad.

Ser capaces de invocar, es decir, de implorar a algo más grande que nosotros, infringiendo así nuestros límites, es el inicio de la sabiduría, la fuente de la esperanza y la condición de la dicha.



La antología se subdivide en seis partes que se suceden según un esquema que sigue la manifestación de la realidad en la conciencia del hombre. Para cada una de las seis partes he elegido dos tipos de himnos, el primero más relativo al cosmos y el segundo al hombre.

- I AURORA Y NACIMIENTO. La preparación para el emerger a la existencia, la preparación del terreno, o bien la preexistencia y la irrupción en el ser, en la vida.
- II GERMINACIÓN Y CRECIMIENTO. Los inicios, la lucha, la afirmación de la identidad, el asentamiento en el reino de la existencia.
- III ECLOSIÓN Y PLENITUD. El apogeo, el logro de la plenitud, de la madurez, el cenit.
- IV CREPÚSCULO Y DECLIVE. El inicio del camino descendiente, el descubrimiento de que nada se resiste a la erosión del tiempo y que nadie es inmune a la corrosión de la existencia.

- V MUERTE Y DISOLUCIÓN. El destino de todas las cosas que existen, y el precio que hay que pagar por haber vivido y por haber sido portadores de la existencia en el tiempo y el espacio.
- VI VIDA NUEVA Y LIBERTAD. El maravilloso misterio del ser, el resurgimiento de la vida a partir de la agonía de la muerte, el descubrimiento de que la vida es inmortal, que el ser es insondable y que la beatitud y la realidad son capaces de renovarse a sí mismas.

MANTRAMAÑJARĪ

Mantramañjarī significa 'bouquet de mantra'. Dispongámonos, pues, a recibir este don como si fuera un ramo de flores que nos ofrece el autor con la plegaria de admirar su belleza con el corazón puro, sin prejuicios, como se contemplan los lirios del campo de los que habla el Evangelio, para que puedan penetrar en nosotros.

La palabra *mantra* denota una palabra sagrada, una fórmula sacrificial, un consejo de gran eficacia por parte de un maestro; no es ni un simple sonido ni una simple magia. Son palabras vivas y, en cuanto tales, tienen un poder que trasciende el plano puramente mental. Para adquirir esta energía de la palabra hace falta captar no solo el significado sino también el mensaje o las vibraciones, como se las llama a veces para subrayar el vínculo con el sonido mismo.

Fe, comprensión y pronunciación física son los requisitos esenciales para que un *mantra* sea auténtico. Cualquier palabra nos devuelve a la fuente de todas las palabras. El carácter último de la palabra, *vāc*, es un concepto fundamental de la espiritualidad índica.

Agni

El *mantra* de apertura es una invocación a Agni, el mediador por excelencia, el Fuego sacrificial, que transforma todos los dones materiales y humanos en realidades espirituales y divinas a fin de que puedan llegar a su destino infinito. Agni tiene un papel sacerdotal y una composición triple, siendo su naturaleza cosmoteándrica (es decir, divina, humana y terrenal al mismo tiempo). El verso contiene en germen toda la religiosidad primordial del hombre: alabanza, meditación, sacrificio, intercambio con lo divino, todo ello recogido en una atmósfera de invocación. Invocamos lo divino —donde sea que esté y como sea que lo podamos concebir— porque, colmados de amor, sentimos en nuestro interior la necesidad de abrir las compuertas que bloquean nuestra finitud.

Yo magnifico a Dios, el Fuego divino,
el sacerdote, ministro del sacrificio,
el que ofrece la oblación, Otorgador supremo de tesoros.

RV I, 1, 1

Gāyatrī

Veamos el *mantra* más conocido de los Veda, la *gāyatrī*: se dirige a la divinidad donadora de vida como Dios supremo, simbolizada en Savitṛ, el Sol. Se recita cada día a la salida y la puesta del sol, habitualmente en el momento del baño ritual.

*tat savitur varenyam
bhargo devasya dhimahi
dhiyo yo nah pracodayāt
OM*

Meditemos en el esplendor glorioso
del divino Vivificador.

¡Que él ilumine nuestras mentes!

RV III,62,10

La *gāyatrī* es un símbolo completo de la luz. Es de hecho mucho más que la epifanía de la luz; es la luz misma cuando la recitación es una verdadera plegaria, una asimilación y una identificación con el objeto de la plegaria. Cada verso subraya un aspecto de la luz: el esplendor glorioso de lo Supremo, su resplendor interno, es decir, la luz increada; la luz que crea, la luminosidad comunicativa del Sol increado, Savitṛ, el esplendor del Dios viviente que ilumina todas las cosas, y, finalmente, la incidencia de la luz divina en

nuestros seres y, particularmente, en nuestras mentes, haciéndonos resplandecientes y transmisores del mismo fulgor, convirtiéndonos en luz: luz de luz, esplendor de esplendor, uno con la fuente de la luz, no en una identidad pesada e inmóvil, sino en una «luminosidad» totalmente transparente: *ātman-Brahman*.

I

AURORA Y NACIMIENTO

LA PRIMERA PARTE de la antología trata sobre los fundamentos invisibles de la realidad. No trata ni de lo que *es* ni de lo que *será*. Emplea un tiempo pasado, pero no se refiere específicamente a una era temporal. El origen del tiempo no puede ser temporal.

Todavía no ha sido pronunciada la palabra primordial, ni el Señor se ha manifestado como soberano; todavía no es el Señor. Nuestra atención se dirige al descubrimiento del papel de la nada o a la toma de conciencia del vacío que no se puede decir que exista, sino que hace que las cosas puedan existir por el simple acto de llenar el vacío mismo.

Se intenta expresar el Dios-más-allá-de-Dios, el Principio-antes-del-Principio. El Preludio es realmente anterior a todo el juego, anterior a cualquier *lilā*, humana y divina. En realidad, el juego todavía no ha empezado, la inspiración se dirige a lo que se desplegará ante nuestros ojos. La liberación se encuentra más allá; el camino por recorrer es largo. La Aurora no es el día, ni el nacimiento es la verdadera vida humana, pero sin ellas no existirían ni el día ni nuestra

vida. El verdadero devenir —*be-coming* en inglés— es un auténtico «llegar a ser» —*coming to be*—; pero no nos preguntemos de dónde viene, pues si lo hacemos, detendremos el devenir. La fe pertenece precisamente a esta sección. Sin la fe nada toma forma ni llega a ser.

Los Veda dirán que la fe es el inicio de la salvación porque es la verdadera aurora de nuestro verdadero ser, la apertura existencial de nuestra existencia humana —la condición misma de todos los actos reales, es decir, sagrados.

Himno al Preludio *ādi*

Al principio, ciertamente, nada existía,
ni el cielo, ni la tierra, ni el espacio entre ambos.
Entonces, el No-ser, habiendo decidido ser
se hizo espíritu y dijo:

«¡Que yo sea!» Se calentó a sí mismo,
y de este calor nació el fuego.

Se calentó todavía más, y de este calor nació la luz.

TB II, 2, 9, 1-2

Hallamos, en las escrituras védicas, numerosos textos de una variedad extraordinaria y de una riqueza incomparable, que buscan penetrar cada vez más profundamente en el misterio del principio del universo, explicar su inmensidad y su sorprendente armonía. Estos textos parecen irrumpir impetuosamente, como los riachuelos que emanan de los glaciares del Himālaya.

El aspecto fascinante de la experiencia de los videntes védicos no solo radica en el hecho de que se atrevieron a explorar los límites últimos del espacio del ser y de la existencia, explorando los límites del universo, sino que emprendieron también la arriesgada y fascinante aventura de sobrepasar y penetrar la barrera del ser para fluctuar, por decirlo así, en la nada absoluta, y descubrir que el No-ser es solo el

recubrimiento externo del Ser, su velo protector. Así pues, se sumergen en una oscuridad recubierta de la oscuridad, más allá de la cual no hay regreso, en aquel Preludio de la existencia donde no existe ni el Ser ni el No-ser, ni Dios ni Dioses, ni criatura de ninguna clase; solo el Vacío de donde emerge la vida.

La vida emerge dentro de nosotros y a nuestro alrededor, en el plano cósmico y a nivel humano.

El pasaje de la oscuridad de la noche a la luz de la vida es largo y doloroso, y pasa a través de la soledad, el sacrificio y la integración, nos dice el mito de Prajāpati.

Prajāpati, tras crear el mundo a partir del sacrificio de sí mismo, se encuentra exhausto, débil, agotado y a punto de morir. Ya no le queda fuerza ni poder; el universo tiene la posibilidad de escapar del poder de Dios; puede sustentarse a sí mismo. «Una vez engendradas, las criaturas le dieron la espalda y se marcharon.» Buscan liberarse del creador, pero caen en el caos y el desorden. Si el universo debe subsistir, Dios debe volver y penetrar de nuevo en las criaturas, entrando en ellas por segunda vez. Sin embargo, este segundo acto de redención requiere la cooperación de la criatura. Aquí entra en juego la participación del hombre en el acto único de Prajāpati, que da consistencia y existencia al mundo. Este es el lugar del hombre y esta es su función en el sacrificio.

Este sacrificio no es solo como una ofrenda a Dios, sino que es la acción mediante la cual creamos y procreamos junto a Dios y reconstruimos su cuerpo. Esta acción recoge la materia prima para el *yajña* (sacrificio) total, no de animales, flores o alguna otra cosa, sino de la profundidad más interior del ser humano mismo. Es el resultado de la aspiración del hombre a estar en armonía con ese dinamismo cósmico que hace que el universo siempre sea capaz de vencer el poder del No-ser. «¡Que yo me convierta en todas las cosas!», dice Prajāpati, pero este es también el grito que todo hombre siente surgir en su interior, ante los límites de la propia persona y el reducido campo de acción en el que puede actuar. Cuando empieza a entrar en la serenidad de la contemplación, cuando está en paz consigo mismo y en el umbral de la realización, el hombre siente este deseo terrible de convertirse en esto y aquello, de implicarse en cada proceso y de estar presente en todas partes. No es tanto el anhelo de poder lo que impulsa el hombre, sino, al contrario, el deseo existencial de estar activo en el corazón de la realidad, en el centro divino de donde todo emerge y hacia el que todo se dirige. «Que yo tenga un yo» es otra de las frases recurrentes. El sabio que se describe tantas veces en la *śruti* no es el solitario poco sociable que desea evadirse de la realidad, sino el hombre completo que, consciente de sus propios límites, sabe cómo entrar en

el océano infinito de *sat, cit, ānanda*: ser, conciencia, beatitud.

La fascinación de la luz que emana del cosmos se pone de relieve en las Upaniṣad, que denominan *Luz* al Espíritu. La visión de la aurora no es la experiencia del sol. En el instante de la aurora no se puede decir dónde empieza la tierra y dónde acaba el cielo, dónde la luz disipa la oscuridad o dónde la oscuridad todavía domina: todo sigue siendo un mensaje, una expectativa, una promesa.

La aurora, Uṣas, es la diosa de la esperanza y de la fe, *bhakti*.

Himno a la Aurora

Uşas

La aurora es la *predilecta* del Cielo:

Como un joven que sigue a su amada,
así el Sol sigue a la Aurora, la diosa resplandeciente.

RV I, 115, 2

Resplandeciente de luz, ahuyenta la oscuridad:

Fresca después del baño, consciente de su propia belleza,
se hace visible para que todos la vean.

Aurora, Hija del Cielo, préstanos tu resplandor
y disipa todas las sombras de maldad.

RV V, 80, 5

Sacando del sueño profundo todo lo que está vivo,
poniendo en movimiento hombres, bestias y pájaros.

RV IV, 51, 5

5 Ella despierta a la acción todos los que descansan
en el sueño.

Algunos salen a trabajar por la riqueza; otros,
para adorar.

Quienes antes veían poco, ahora ven con más claridad.
La Aurora eleva a la conciencia todas las criaturas.

- 7 La hija del Cielo se nos aparece ahora delante,
como una bella mujer joven con ropas relucientes.
Aurora propicia, señora de los tesoros terrenales,
brilla hoy sobre nosotros, espléndida como una reina.
- 16 ¡Levántate! El aliento de la vida nos ha alcanzado
una vez más.
La oscuridad ha huido y la luz se acerca con rapidez.
Ella marca un camino para que el Sol lo recorra.
Hemos llegado al lugar donde la vida continuará.
- 19 Madre de los Dioses y esplendor de la Divinidad,
emblema del sacrificio, brilla en las alturas.
Sal y atiende nuestras plegarias con favores.
Bendícenos, entre la gente, ¡oh, Aurora,
siempre deseada!

Himno al Nacimiento

prathamam janma

Como la tierra lleva fuego en sus entrañas,
y la atmósfera es grávida de relámpagos,
y las regiones hacen del viento su semilla,
así yo pongo en ti, esposa mía, este niño.

BU VI,4,22

En un hombre este [*ātman*] se convierte primero
en una semilla,
y esta semilla es su esencia tomada de todos
sus miembros;
en verdad, él lleva el Ser en sí mismo.
Cuando fecunda una mujer, hace nacer [un niño].
Este es su primer nacimiento.

AU II,1

II

GERMINACIÓN
Y CRECIMIENTO

LA PRIMERA PARTE de esta antología describe la aparición de la Vida sobre la tierra y el cielo. En la segunda parte, observamos cómo crece en el hombre la conciencia que se transforma en autoconciencia. La conciencia no es necesariamente autoconsciente. En toda la primera parte, la conciencia del hombre estaba despierta y muy viva, pero el hombre todavía no se había dado cuenta de que era consciente.

El hombre toma conciencia de ser el polo del universo que se reconoce como diferente del centro. Aunque Dios sea el centro del universo y sea más grande que el hombre, él es Dios para el hombre, y gira a su alrededor como el sol, inmenso y poderoso, que parece rotar en torno a la minúscula Tierra. A partir de ahora el diálogo entre estos dos polos no cesará: solo la polaridad que no destruye la unidad permitirá el crecimiento y la manifestación libre de la realidad. Esta intuición parece ser un indicio de la obra del Espíritu.

El hombre se hace consciente de la existencia del universo como un todo ordenado, jerárquicamente

formado por toda clase de dones: Dioses, hombres, animales, otros seres, espíritus, almas, lo temporal y lo intemporal. Se reserva un lugar privilegiado a la comida, esta sustancia vital que es material y espiritual al mismo tiempo, humana, divina e incluso cósmica, porque todo en el universo «come». Además, la ley de la comida es tan central que no solo todas las cosas comen sino que todos los seres se comen entre sí, porque el hecho de comerse es símbolo de la solidaridad del universo entero. Creemos todos juntos, nos comemos los unos a los otros. Dice un verso famoso:

Yo soy el alimento,
yo soy el alimento,
yo, que soy el alimento,
como al que come el alimento.

TU III, 10, 6

Esta parte trata sobre la autoconciencia humana en su forma más inmediata: el descubrimiento del amor y de la persona humana, que implica iniciación y matrimonio. No es posible el desarrollo humano sin esta fase. Estos actos son cósmicos y humanos a la vez, pero el aspecto humano se hace cada vez más importante; el centro de gravedad se transfiere de la dimensión cósmica a la humana. El mundo del hombre es el resultado de su trabajo duro y de su esfuerzo utilizan-

do objetos fabricados con sus manos, su actividad, su obrar: el mundo del hombre no consiste simplemente en aquello que hace, sino en aquello de lo que disfruta, es decir, todo aquello que contribuye a una vida armoniosa, bien organizada y feliz. El trabajo, aunque no se considere indigno del hombre, no representa, entre las actividades humanas, la más elevada.

Una característica sorprendente de la revelación védica es el modo en que su carácter secular no perjudica en absoluto a la sacralidad de la vida. La divina Providencia es más que una simple vigilancia divina: es fundamentalmente una directriz del desarrollo de todas las criaturas de acuerdo con la naturaleza de cada una. Recogemos algunos pasajes:

Oh Dios, tú eres nuestra Providencia, nuestro Padre.
Nosotros somos tus hermanos; tú, nuestra Fuente
de vida.

Te llaman Padre porque cuidas del humilde;
sabio supremo, enseñas al sencillo la sabiduría.

RV I,31,10.14

El Uno, que es la chispa vital de las aguas,
de la madera, de las cosas animadas y las inanimadas,
que habita incluso en el interior de la piedra,
Dios inmortal, él cuida de todo el género humano.

RV I,70,2

¡Que Él, que abraza todos los seres con una mirada,
separados y unidos, sea nuestro protector!

RV III,62,9

El concepto védico de Providencia parece enfatizar los aspectos de protección y nutrición. La función de Dios no es principalmente la de juzgar, sino la de proteger, ayudarnos a crecer y prosperar.

Oh Dios, concédenos la mejor de las bendiciones,
una mente para pensar, un amor feliz,
mayor riqueza, un cuerpo sano,
palabras amables y días festivos.

RV II,21,6

El objetivo principal de este tipo de *mantra* es despertar la conciencia de que la vida misma es un don, y que todo lo que nos llega con ella y que la hace realmente viva, y por lo tanto digna de ser vivida, es también un don.

Este tipo de himno subraya la solidaridad cósmica de un modo predominantemente antropológico. Los hombres luchan entre sí, pero luego descubren que ambas partes están invocando el mismo Dios; tienden a pensarse a sí mismos como el centro del universo, y más tarde se dan cuenta de que el aliento de la vida (*prāṇa*) es común a todos los seres vivos;

están realmente unidos cuando miran en la misma dirección, contemplando las maravillas de lo divino.

El descubrimiento del tiempo lleva consigo la comprensión de que este es como una red, la cual no solo reúne los distintos momentos de la vida de un hombre, sino que lo vincula también a todas las otras criaturas temporales. El hombre puede experimentar, además, una profundidad en su propio ser que no pertenece a la esfera de la realidad temporal: son, todas ellas, bendiciones del Señor. El significado fundamental de una bendición se encuentra, quizás, en el hecho de que esta transmite vida por medio de una acción, generalmente encarnada en palabras o gestos. El reconocimiento y aceptación del hecho de que existe una bendición en el origen de todo lo que somos, tenemos y hacemos, son ambos signos de una espiritualidad que ya es madura.

El aliento de la vida *prāna*

Viento, respiración y vida forman una tríada que hace miles de años el hombre experimentaba como un todo único, ya que los tres están profundamente relacionados y se pertenecen entre sí. La característica común de los tres es el movimiento. El movimiento es el alma, el principio vital de todos los fenómenos de los tres mundos. El viento no es solo aire, sino aire en movimiento. La respiración es el movimiento mismo del aire en el interior de los seres vivos. La vida es intrínsecamente movimiento, algo que se mueve de algún modo sin cambiar de lugar. La experiencia se da en un nivel de realidad más profundo, donde todavía no se ha llegado a esta dicotomía fatal entre la materia y el espíritu.

La vida es un factor que lo impregna todo en la estructura de la realidad. Una cosa sin vida está muerta, es decir, es no-ser. El viento nos revela que la tierra está viva. La respiración es el vínculo íntimo entre la vida y la materia.

Sin seres vivos, la vida en sí es una mera abstracción. Incluso el ser no es nada si no es *existente*, es decir, vivo.

El siguiente himno, dedicado a *prāna*, combina de forma magistral los diversos aspectos de esta

visión del mundo. El aliento de la vida es el símbolo de la vida misma, la vida tal como se manifiesta en los seres vivos y, precisamente por esto, también es muerte y fiebre, lluvia, sol y luna, y no está separado del Padre de todos los seres. ¿Acaso la vida no necesita la muerte por afirmarse a sí misma? ¿Existiría el Ser si no hubiera un Origen que fuera testigo de su *ser*, de su *fluir*?

Un verso difícil en la última estrofa parece sugerir que el misterio de la conciencia personal está vinculado a la identificación de la persona con este aliento de la vida: «Yo soy esta vida. Imploro que pueda abrazar este aliento de vida para poder vivir: *En verdad, Tú eres Yo.*» La conquista de la inmortalidad significa ser consciente de que la vida es vida y que, por tanto, no muere, o bien que yo *soy* en la medida que realizo mi identidad con la vida.

- 1 ¡Alabado sea el Aliento de la Vida!
Él domina este mundo,
señor de todas las cosas
y fundamento de todo.

- 5 Cuando el Aliento de la Vida la extensa tierra
con lluvia riega,
los rebaños se regocijan:
«Tendremos abundancia», dicen.

- 7 ¡Alabado seas, oh Aliento, cuando llegas,
y alabado seas cuando te vas!
Cuando te elevas
y cuando estás tranquilo, ¡alabado seas tú!
- 10 El Aliento de la Vida abraza con cuidado todos
los seres
como un padre a su hijo;
señor de todas las cosas,
las que respiran y las que no respiran.
- 14 Un hombre inspira, expira,
dentro del vientre.
Animado por ti,
sale una vez más a la luz.
- 15 Se le llama viento poderoso, o brisa.
El futuro y el pasado existen en él.
En el Aliento de la Vida todas las cosas
se fundamentan.
- 24 De todo lo que ha nacido él es el Señor,
de todo lo que se mueve.
Inagotable, constante;
¡que mis plegarias hagan que el Aliento me ayude!
- 25 Despierto, él vela a los durmientes.
No cae exhausto.
Jamás nadie ha oído
que él duerma entre los durmientes.

- 26 Aliento de la Vida, no te olvides de mí.
En realidad, tú eres «yo».
¡Como el Embrión de las Aguas
te ciono a mí para poder vivir!

AV XI,4

Plegaria por la felicidad *svastyayana*

Nosotros le invocamos a él, el Señor de lo que se mueve
y lo que no se mueve,
el inspirador de nuestros pensamientos. ¡Que él venga
a ayudarnos!

¡Que este divino protector y guardián nuestro,
el infalible, incremente nuestra riqueza
y gocemos de prosperidad durante mucho tiempo!

RV I, 89, 5

¡Bendición y gozo para nuestra madre y nuestro padre!
¡Gozo para los rebaños, los animales y los hombres!
¡Que todas las bendiciones y las gracias sean nuestras!
¡Que podamos ver el sol durante mucho tiempo!

AV I, 31, 4

El hombre puede tenerlo todo: salud, bienestar, mujer e hijos, conocimientos, habilidades, poder y gloria, pero su verdadera felicidad, su plenitud, es incompleta si carece del más grande de los dones: la paz, *śānti*.

Por este motivo la invocación de la paz, el *śānti-mantra*, acompaña cualquier acto sagrado o recitación de un texto sagrado. El hombre y la tierra se influyen mutuamente y, al mismo tiempo, interactúan con el mundo de los Dioses. El hombre es el mediador

poderoso entre el cielo y la tierra porque solo él es capaz de expresar esta plegaria.

Paz en el cielo, en la tierra y en el corazón humano es el augurio que expresa la triple repetición: *¡sānti, sānti, sāntih!*

III

ECLOSIÓN Y PLENITUD

LA TERCERA PARTE ilustra una intuición que está en la base de toda la revelación védica: la realidad es luminosa, la luz impregna todas las cosas y lo llena todo de dicha y ligereza. Solo hace falta mirar. La luz es la estructura misma de la realidad. Esta luz es, en primer lugar y sobre todo, una característica del mundo celeste, pero el mismo resplandor cósmico se encuentra también en el hombre. El hombre descubre así su propia naturaleza, que es divina y humana.

El despertar de la conciencia humana no es solo la maravilla más grande de la creación; es también la aventura más extraordinaria del hombre que se descubre como colaborador de Dios mismo, polo de una relación indisoluble, y el peso de esta conciencia lo lleva a descubrir no solamente las leyes del sacrificio, sino también su propia naturaleza. El hombre solo puede penetrar en el misterio de la realidad a través de una participación total y existencial de su ser, que lo consumirá en el fuego del sacrificio del cual saldrá renovado, como un nuevo ser. Dios es Luz, el *ātman* es luz, y así el hombre que ha comprendido el *āt-*

man resplandece de luz e ilumina. (Es la luminosidad de la aureola de los santos de la que también habla nuestra tradición.)

La luz interior *ātmajyotis*

Gloria a Dios el resplandeciente.
Protégeme de la muerte.
Gloria a Dios el resplandeciente,
la Causa primera de todo.

Que el Sol pueda en el oriente
que el Sol pueda en el occidente,
que el Sol pueda en el septentrión,
que el Sol pueda en el mediodía,
que el Sol pueda dar vida perfecta
y otorgarnos larga vida.

SURYU 71

- 6 El Sol, cuando sale, entra en las regiones orientales y recoge en sus rayos todo el aliento de vida que se encuentra en el oriente. Cuando ilumina las otras regiones, el sur, el oeste y el norte, abajo, arriba y en medio, entonces recoge en sus rayos la totalidad del aliento vital.
- 7 Así surge el Sol en la forma del Fuego, el Aliento de vida universal que toma todas las formas.

PRASNU I

Por la mañana, a primera hora, vemos salir la luz
de la semilla primordial
y subir rutilante por el cielo.
Y desde la oscuridad que nos rodea,
resplandeciente desde la cumbre de los cielos,
llegamos al Sol, el Dios de los Dioses,
la Luz suprema, la Luz suprema.

CU III,17,7

Hay una Luz que brilla sobre este cielo, sobre todos los
mundos, sobre todo lo que existe en los mundos supe-
riores, más allá de los cuales no hay otros —es la Luz
que brilla en el interior del hombre.

CU III,13,7

Como los rayos del Sol
iluminan todas las regiones, arriba, abajo
y oblicuamente, así el Dios único,
glorioso y digno de veneración, gobierna
sobre toda su creación.

SU III,V,4

El sacrificio del fuego *agnihotra*

Sin luz no hay vida; la luz es sol y fuego. El *agnihotra*, el sacrificio del fuego, es considerado por el hombre védico la quintaesencia del sacrificio. Este rito, simple y esencial, se realiza por la mañana y al atardecer: el hombre es el sacrificador y el sacrificado, el sacerdote cósmico y también la víctima cósmica.

La luz es Agni, Agni es la luz. El que es luz y llama luz a la luz...

Agni se ofrece a sí mismo en sacrificio al sol naciente y, al atardecer, el sol poniente se ofrece a sí mismo en sacrificio a Agni.

KAUSB II,8

El sacrificio es el hombre
puruṣayajña

El sacrificio es el hombre. Es el hombre [quien lo ofrece] porque es el hombre quien lo despliega y, una vez lo ha desplegado, este alcanza exactamente la misma estatura que el hombre. Por este motivo, el sacrificio es el hombre.

SB 1,3,2,1

El sacrificio de la mente *mānasayajña*

Allí donde hay dualidad se ve otro, se huele otro, se saborea otro, se habla a otro, se escucha a otro, se conoce a otro; pero allá donde todo *se ha convertido* en el propio Ser, ¿con qué se podría ver y quién lo haría, con qué se podría oler y quién lo haría, con qué se podría saborear y quién lo haría, con qué se podría expresar y quién lo haría, con qué se podría escuchar y quién lo haría, con qué se podría pensar y quién lo haría, con qué se podría tocar y quién lo haría, con qué se podría conocer y quién lo haría? ¿Cómo se puede conocer aquel por el cual todo esto se conoce? Él, el Ser, no es esto, no es esto. Él es insensible porque no puede asirse. Él es indestructible porque no puede destruirse. Él está desapegado, porque no se pega [a nada]; Él está desvinculado, no sufre ni se ve afectado. En efecto, ¿quien debería conocer al Conocedor?... Esta es sin duda la inmortalidad.

BU IV,5,15

- 1 Tal como el fuego sin combustible se apaga en su propia fuente, así la mente se apaga en su propia fuente cuando han cesado los pensamientos.
- 3 La mente, en verdad, es este mundo fugaz; por eso habría que purificarla con gran esfuerzo. Uno se convierte en lo que piensa; este es el eterno secreto.

- 6 Se ha dicho que la mente es de dos tipos: pura e impura. Se hace impura cuando el deseo la toca, y pura cuando se libera del deseo.
- 7 Cuando el hombre, después de haber serenado completamente su mente, libre de la dependencia y la confusión, entra en el estado sin mente, entonces alcanza la morada suprema.
- 9 La beatitud que surge en el estado de absorción suprema, cuando la mente purificada se ha aquietado en el Ser, ¡no puede expresarse con palabras! Hay que experimentarla directamente por uno mismo, en el propio ser interior.
- 10 Si la mente de un hombre se sumerge en el Ser, entonces este se libera completamente, como el agua no se distingue en el Agua, o el fuego en el Fuego, o el aire en el Aire.

La acción integral
karmayoga

La acción es pura cuando está inspirada por el amor y se realiza con desapego respecto a sus frutos.

Brahman lo es todo: ¡el acto de ofrecer,
la ofrenda y el fuego!
Quien se concentra en *Brahman*
en todas sus acciones
sin duda alcanzará *Brahman*.

BG IV, 24

Por eso, realiza siempre con desapego
la acción que has de cumplir;
solo mediante la acción realizada con desapego,
el hombre alcanza lo Supremo.

BG III, 19

IV

CREPÚSCULO Y DECLIVE

EN LA CUARTA PARTE, el hombre empieza a descubrir que en su ser más íntimo hay una falta de armonía o, en palabras de la Gītā, algo que obstaculiza su propia voluntad y le impulsa a pecar. Él experimenta el fracaso no solo porque padece los propios límites, sino también porque a menudo es atacado por sus semejantes, que le engañan, traicionan e incluso matan, pero, sobre todo, se siente traicionado por su propio ser. No es ninguna maravilla, por tanto, que él se mueva a la búsqueda del Ser. No consigue hacer lo que quiere, e incluso siente que realmente no puede querer lo que desearía querer. Además, percibe la contingencia de su propia existencia, descubre que existen cosas y situaciones que no tienen remedio. Hay sueños que no pueden realizarse y deseos que hay que abandonar. No hay nada anormal en esta situación. Madurar significa aprender a aceptar la condición humana real.

En otras palabras, la actitud extática descrita en las secciones precedentes se ha mitigado ahora. Nadie escapa a la experiencia del dolor y del sufrimiento o a la tentación de sentirse frustrado e incluso desesperado.

El hombre mira dentro de sí no tanto para descubrir un mundo nuevo inmaculado, sino para resolver el enigma del propio ser; es un ser que sufre, que intenta entender en qué se equivoca, por qué los resultados no son los que esperaba o deseaba.

El hombre afronta el crepúsculo y la decadencia. Como veremos en breve, el hombre védico hace una clara distinción entre la larga vida y la vejez. La primera es una bendición; la segunda, una maldición. La primera es un signo de crecimiento y madurez; la segunda, el signo inequívoco de la caída y del declive.

Nos encontramos, en estos textos, con uno de los problemas centrales de la experiencia humana: el misterio del dolor. El hombre experimenta la decadencia del cuerpo y el propio sufrimiento como algo extraño, fuera de él mismo, como si procediera de lo ignoto o, por así decirlo, de otro mundo. Este sufrimiento es, o la picadura de escorpión de algún poder maligno, o, más bien, el medio a través del cual el hombre descubre su verdadera naturaleza más allá de todas las vicisitudes de la existencia humana. El primer mito es representado por el periodo védico, mientras que el segundo es típicamente upaniśádico y vedántico, aunque sería erróneo hacer una distinción demasiada radical. En un caso, el dolor es aquello que perturba la armonía, tanto física como psíquica; es anormal y externo, y, por lo tanto, solo puede superarse

si se conocen bien sus causas y se aplican los remedios apropiados. En el otro caso, el dolor es precisamente el factor que le permite al hombre infringir los límites de su condición humana; el cuerpo no es el *ātman*, el cuerpo es mortal mientras que el *ātman* es inmortal. El deseo de una condición sin edad, libre de la decadencia, no es otra cosa que la búsqueda del *ātman* inmortal.

Más allá del dolor y el sufrimiento

vītaśoka

Señor, ¿cómo es posible disfrutar plenamente en este cuerpo [nuestro] que apesta, es insustancial, es un amasijo de huesos, piel, músculos, médula, carne, esperma, sangre, mocos, lágrimas, catarro, excrementos, orina, gases, bilis y flema? ¿Cómo es posible disfrutar plenamente en este cuerpo, afligido como está por el deseo, la rabia, la ansiedad, la ilusión, el miedo, la frustración, la envidia, la separación de lo que desea y la asociación con lo que aborrece, el hambre, la sed, la vejez, la muerte, la enfermedad, el dolor y cosas similares?

MAITU I,3

- 13 Aquel que ha encontrado y despertado al *ātman* que ha entrado en el cuerpo, de otro modo impenetrable, él es el creador del universo, de todas las cosas. ¡El mundo es él! ¡El mundo mismo es él!
- 14 A este, en verdad, nosotros podemos conocerlo aquí en la tierra.
Si no lo conocemos, la destrucción es grande.
Pero quienes lo conocen se vuelven inmortales.

BU IV,13-14

El conocimiento que purifica *jñānaśuddhi*

¡Que la palabra, la mente, el ojo, la oreja,
la lengua, la nariz, el semen, la inteligencia,
la intención y la voluntad sean purificados en mí!
¡Yo soy luz! ¡Sea yo purificado de toda mácula y pecado!

MAHANARU 44I

De la oscuridad voy al color, del color a la oscuridad.
Sacudiéndome el pecado como un caballo se sacude la
crin, liberándome del cuerpo como la luna se libera de
la boca de Rāhu, entro en el mundo increado de *Brah-*
man con un *ātman* realizado. Yo entro en el mundo de
Brahman.

CU VIII, 13, 1

Cuando un hombre conoce a Dios, todas las cadenas
se deshacen.
Desaparecen los sufrimientos; cesan la vida y la muerte.
Meditando en él, en el momento de la disolución
del cuerpo,
acontece el tercer estado, el del señorío supremo.
Sus deseos se cumplen, él es absolutamente libre.

SU I, 11

El fuego del conocimiento
jñānāgni

Como un fuego ardiente reduce la madera
a cenizas, oh Arjuna,
así el fuego del conocimiento reduce
todas las acciones a cenizas.

BG IV,37

A ti que tienes fe, yo revelaré un misterio profundo
que contiene en sí
tanto visión como conocimiento. Conociendo este
misterio
te liberarás de todos los males.

BG IX,1

Concentrado en Mí, superarás
mediante mi gracia todos los peligros;
pero si por orgullo no escuchas,
sin duda morirás.

BG XVIII,58

V

MUERTE Y DISOLUCIÓN

-

DESEAR VIVIR y no desear en la misma medida la muerte que es inherente a la vida, no es un deseo real de vivir, sino más bien un simple producto de nuestra imaginación, que busca aferrarse a una «vida» ilusoria.

La actitud védica, que afirma intensamente la vida, tiene como corolario la aceptación de la muerte.

El hombre de hoy se pregunta sobre la muerte y elabora numerosas teorías acerca de esta; solo parece estar seguro de una cosa: se trata de una realidad fáctica e inevitable. La sociedad moderna tiende a borrar de la memoria del ser vivo todo lo que tenga que ver con el morir y la muerte. La actitud fundamental de los Veda es prácticamente la contraria: no intenta expulsar la muerte de la vida cotidiana.

Según esta visión, común también a otras culturas, la muerte no es inevitable; es solo accidental. Muere aquel cuya vida se ve sorprendida por una muerte prematura antes de haber alcanzado la madurez, impidiéndole lograr lo que él, o la sociedad, esperaba de su vida.

Por otro lado, el hombre anciano, «el hombre de larga vida», como le denominan los Veda, quien ha vivido toda su vida, que ha cumplido su tramo de vida, su *āyus*, no muere; él simplemente ha consumido la antorcha y agotado el combustible. La llama de su vida continúa y quema en sus hijos, en los hijos de sus hijos, en sus amigos, en sus obras y en sus ideas que se propagan a los cuatro vientos. Ahora solo quedan por ofrecer su cuerpo y su respiración. El hombre viejo no muere; simplemente acaba su intercambio con la vida y lleva a término la transmisión de todo lo que él ha recibido, tal como describen las Upaniṣad. Esto resulta más convincente para el hombre védico que para el hombre moderno, a causa del profundo sentimiento de conciencia colectiva del que goza el primero en contraposición con el hombre contemporáneo.

La gran partida *mahāprasthāna*

Oh Indra, ¡prolonga nuestra vida una vez más!

RV I, 10, 11(5)

La «vida más allá de la vida» y el «más allá» pueden ser perspectivas muy atractivas, pero no hay nada más querido y deseable que nuestra vida humana, corporal y concreta, aquí en la tierra y bajo el sol, con seres humanos parecidos a nosotros, animales y objetos que nos rodean. Aunque posteriormente algunos sabios upaniśádicos y, todavía más, algunos de sus discípulos, despreciarán la vida de aquí abajo y todos los valores humanos, los *ṛṣi* védicos todavía aman este mundo.

Tal como un pepino es arrancado de su pedúnculo,
sea yo arrancado de los lazos de la Muerte,
¡pero no de la inmortalidad!

RV VII, 59, 12

El poeta de esta estrofa sabe muy bien que la muerte no espera a que el fruto caiga del árbol por su propio peso. Utiliza la metáfora del fruto recolectado y pide ser salvado del abrazo de la muerte y conducido a la inmortalidad. El pepino muere cuando es recolectado; el hombre entra en la inmortalidad.

Libre de deseos, sabio, inmortal, existente en sí mismo,
lleno de gracia, sin ninguna carencia,
es el que conoce el *ātman*, el sabio, sin edad,
siempre joven: ¡él no teme la muerte!

AV X,8,44

Esta estrofa proviene del siempre sorprendente Atharvaveda. Compuesto mucho antes que las Upaniṣad, nos introduce en el concepto de *ātman*, cuyo descubrimiento es el único medio para superar tanto la muerte como el miedo de esta.

Las tres estrofas escogidas como antífona de este capítulo expresan la esencia de los numerosos textos referentes a lo que la Katha-upaniṣad denomina *la gran partida*.

En la muerte se halla la inmortalidad *antaram mṛtyor amṛtam*

La muerte no muere y, por lo tanto, en la muerte misma se halla la inmortalidad. Aquí hay algo más de lo que aprendemos de las Upaniṣad, es decir, que «la vida no muere». No nos contentamos con descubrir un *jīva*, un alma que resiste a las garras de la muerte; sentimos que la muerte misma pertenece a la inmortalidad, que la muerte no es el *final*, ni algo terrorífico en el confín de la vida, sino un elemento constitutivo de la vida misma. La muerte no es el límite de la vida, sino su centro.

La universalidad misma de la muerte hace que el hombre le confiera un carácter sobrehumano en virtud del cual esta adquiere una condición casi divina.

He aquí una estrofa sobre este tema:

«En la muerte se halla la inmortalidad», porque tras la muerte viene la inmortalidad. «En la muerte se fundamenta la inmortalidad», porque es en la inmortalidad donde resplandece la Persona que habita en la esfera luminosa del más allá. «La muerte se reviste de luz», porque la luz, en verdad, es el Sol del más allá, porque esta luz cambia día y noche, y así la muerte se reviste de Luz y se rodea de luz por todos lados. «El Ser de la muerte está en la Luz», porque el Ser de esa Persona está sin duda en esa esfera.

El hombre, en el momento de la muerte, ciertamente se convierte en uno; es decir, simplifica su vida, descarta lo que es puramente accidental y, en particular, concentra y condensa todo su ser, de modo que lo que deja atrás o lo que pasa a los demás sea el verdadero centro de su ser, el núcleo de su persona, el *ātman*, que no desaparece. En consecuencia, la muerte es el acto supremo.

Ceremonia de los ritos de purificación. El sacerdote cantor entona el canto:

De la irrealidad condúceme a la realidad;
de la tiniebla condúceme a la luz;
de la muerte condúceme a la inmortalidad.

BU I,3,28

VI

VIDA NUEVA Y LIBERTAD

¿QUÉ ES LA VIDA INMORTAL? Desde luego, no es la prolongación de una vida mortal. La verdadera vida no muere, pero implica no solo la transformación del objeto (*vida*) sino también la transformación del sujeto *viviente*. Esta metamorfosis radical es la liberación (*mokṣa*). ¿Qué es una vida plena y auténtica y cómo podemos obtenerla?

La experiencia védica es una experiencia de liberación, de liberarse de todo, incluido —por lo tanto— el tiempo. Aquello que fascina y obsesiona al hombre upaniśádico no es lo que viene después sino lo que no tiene después.

El hombre, para alcanzar la plenitud ontológica de su ser, debe superar la circularidad del tiempo. Entrar en esta otra esfera atemporal, pero no por ello menos real, significa alcanzar la realización, acceder a la liberación del asedio del tiempo y la libertad de los vínculos temporales. Es una vida realmente nueva, no en el sentido de una vida «reciclada», sino en el sentido de un nuevo tipo, una nueva forma de vida o, mejor dicho, la única verdadera y auténtica vida.

El camino hacia la «nueva vida» es largo y complicado.

Las Upaniṣad tratan casi exclusivamente del despliegue de esta experiencia que lleva a la liberación, a la plenitud.

La vía ascendente *brahmajñāna*

Aquello es plenitud, esto es plenitud;
de plenitud surge plenitud.
Si a la plenitud se le quita la plenitud,
permanece solo plenitud.

BU V,1

«El hombre es un peregrino hacia su propio *ātman*.»
En este peregrinaje busca la unidad subyacente a todas las cosas y descubre, mientras avanza, la conciencia que emplea en esta búsqueda. La unidad y la conciencia son los dos puntos de referencia a lo largo de la vía ascendente.

La meta del peregrinaje es el conocimiento de *Brahman*, entendido como la comprensión perfecta de qué es *Brahman*: lo real, la verdad, el Uno.

¿Cuál es la naturaleza de la realidad? ¿Cómo está constituido el Uno mismo de modo que quede lugar para la pluralidad sin destruir la unidad? ¿Hay algo que permita el movimiento, las diferencias, la vida, sin corromper el Uno? ¿Qué tipo de pluralidad puede coexistir con la unidad?

La conciencia, y solo la conciencia, puede asumir la multiplicidad sin poner en peligro la unidad. En el mundo de la experiencia humana, la conciencia es la

única facultad que abarca la multiplicidad sin perder la propia identidad y unidad. La conciencia puede ser consciente de los muchos sin escindirse en la multiplicidad.

El descubrimiento de la conciencia pura conlleva un alejamiento radical del primer movimiento natural de nuestro ser. Implica la inversión del movimiento natural hacia el objeto, hacia el otro, y conlleva un giro hacia el sujeto, hacia el que conoce. El discurso sobre *Brahman* empieza por el descubrimiento de que la conciencia pura no es autoconciencia. *Brahman* no es el objeto de la conciencia, ni su sujeto. *Brahman* es conciencia pura: la conciencia pura no tiene soporte. *Brahman* no es una sustancia. *Brahman* no tiene conciencia, y tampoco autoconciencia. *Brahman* es conciencia.

Los hombres *tienen* conciencia, son seres conscientes, pero (¿todavía?) no son conciencia y, todavía menos, conciencia pura. La única conciencia que existe es una conciencia omnicomprendiva; es *Brahman*.

Dice una Upaniṣad:

Eso de lo cual nacen los seres,
eso por lo cual, una vez nacidos, viven,
eso en lo cual, al morir, entran,
es lo que debes desear conocer:
eso es *Brahman*.

Este *Brahman*, origen y final de todas las cosas, no es un *ser* separado, no se encuentra solamente al inicio y al final del peregrinaje óntico: *Brahman* es conciencia. Nosotros solo somos en tanto que somos en *Brahman* y venimos de *Brahman*. Él es la unidad última de la realidad. Es el centro profundo de nuestra existencia, es decir, la conciencia (*cit*), y también la dicha y la beatitud (*ānanda*). La definición vedántica posterior de *Brahman* como *sat* (ser), *cit* (conciencia) y *ānanda* (beatitud) se entrevé en las Upaniṣad de diversos modos, pero el acento se pone siempre en la *conciencia*, es decir, en la *comprensión* de lo incognoscible que está oculto en el corazón de cada cual, porque conocerlo de verdad es convertirse en él. Y el final del conocimiento upaniṣádico no es otra cosa que el logro de este estado de ser que es el ser del mismo *Brahman*.

Dice otra Upaniṣad:

Es, en verdad, aquel Inmortal, que no es visto sino que es el que ve, que no es escuchado sino que es el que escucha, que no es pensado sino que es el que piensa, que no es conocido sino que es el conocedor. No hay otro observador aparte de él, ningún otro oyente aparte de él, ningún otro pensador aparte de él, ningún otro conocedor aparte de él. Es ese Inmortal que es la trama y la urdimbre del espacio.

Brahman es conciencia y dicha,
la suprema recompensa de quien ofrece dones
y de quien permanece callado y conoce.

BU III,9,28

- 1 Revelado y, sin embargo, habitante oculto de la caverna,
es lo que denominan la gran morada.
Todo lo que se mueve, respira y parpadea,
está fijado en esto. Conócelo como ser
y también como no-ser, el deseo de todos los corazones,
que trasciende el conocimiento, el más querido
por todas las criaturas.

- 2 Ardiente como una llama y más sutil que lo sutil,
aquello dónde están firmemente asentados los mundos
y todos sus pueblos
—ese es el *Brahman* inmortal. ¡Ese es vida
y palabra y espíritu, el verdadero, el inmortal!
Eso, amigo mío, es lo que hay que conocer. ¡Conócelo!

MUNDU II,2,1-2

La vía interior *puruṣo'ntarātma*

Hay que descubrir el *ātman* y su identidad con el *Brahman*: este es un precepto que se repite continuamente. No se trata de hallar un *ātman* objetivado sino de comprenderlo. Reconocer la ecuación *ātman-brahman* significa comprender que la trascendencia solo tiene sentido en relación con la inmanencia. El agua de la gota es el océano una vez llega a él, pero el océano no es la gota.

El *ātman* no puede alcanzarse por medio de un enfoque intelectual, sino solo por un acto de gracia, por medio de una «elección» por parte del *ātman*. No obstante, para recibir esta gracia, son indispensables la pureza de vida y de pensamiento, la concentración y la paz interior.

Hay que meditar en el *ātman* que consiste en espíritu, cuya encarnación es la vida, cuya forma es luz, la esencia del cual es espacio, que cambia de forma a su voluntad, veloz como el pensamiento, de verdadera resolución y estabilidad; que contiene todos los olores, todos los gustos, penetra todas las regiones y abarca el mundo entero, sin palabra e indiferente. Como un grano de arroz o de avena, o mejor, como un minúsculo grano de mijo, así es la Persona resplandeciente dentro del *ātman*. Como una llama sin humo, más grande que el cielo, más gran-

de que la atmósfera, más grande que la tierra, más grande que todos los seres, él es el *ātman* de vida, mi propio *ātman*. Al partir [de este mundo], me convertiré en ese *ātman*. Quien tiene esta confianza, no dudará. Esto fue dicho y verdaderamente es así.

SB X,6,3,2

El que respira con tu respiro, ese es tu *ātman* que está en el interior de todas las cosas. El que exhala con tu exhalación, ese es tu *ātman* que está en el interior de todas las cosas. El que respira difusamente con tu respiro difuso, ese es tu *ātman* que está en el interior de todas las cosas... Aquel, en verdad, es tu *ātman* que está en el interior de todas las cosas.

BU III,4

El pasaje del *ātman-Brahman* al *aham-Brahman* ('yo [soy] *Brahman*') es decisivo.

La pregunta «¿qué es el *ātman*?» debe transformarse en «¿quién soy yo?».

Es aquí donde entra en escena el *neti, neti*: ni esto, ni aquello. No existe una respuesta adecuada a esta pregunta. Yo no soy (solo) mi cuerpo; yo no soy (solo) mi mente; yo no soy (exclusivamente) lo que soy hoy o era ayer o seré mañana. No preguntamos qué *es* el yo sino que buscamos quién *soy* yo, quién soy en las entrañas más profundas de mi ser, quién soy yo, en definitiva, en el moverme, amar, conocer, ser, o en cualquier cosa.

Es obvio que este yo último no puede identificarse con el *ego* psicológico.

El yo que puede decir «yo soy» es el Yo real, el único verdadero Yo. Solo el hombre realizado puede decir, en verdad, *aham-Brahman* ('yo [soy] *Brahman*').

Yo *aham*

El primer despertar de la conciencia encuentra su expresión espontánea en las palabras «yo soy», *aham asmi*. Así, *aham*, yo, es la primera palabra, el primer nombre, como nos dice la misma Upaniṣad, no solo del *ātman* primordial, sino de cada hombre. Pero es también la última palabra del hombre. Solo después de haber alcanzado el Yo, el hombre consigue la inmortalidad y abandona esta tierra. Es la conciencia plena del «Yo» (que es lo contrario al autocentrismo egoísta) aquello que libera al hombre de todos los miedos. Solo la conciencia plena del «Yo» es la verdadera libertad.

Si al principio había el «yo soy», la conciencia pura del «Yo» estará también al final del peregrinaje humano. Solo hay una diferencia esencial. Es el hombre realizado quien descubre su identidad última con el *puruṣa*, con el *aham*. Llegar a descubrir esto representa el fundamento de la vida humana sobre la tierra, el verdadero proceso del crecimiento humano. La Maitri-upaniṣad expresa también el pensamiento de que la unidad con el Uno y del Uno, *Brahman*, solo se realiza por medio de la realización del «Yo». El *aham* es el principio de unidad también en el Absoluto.

Al principio solo era *Brahman*, pero en el momento en que «Él» se dio cuenta de su soledad, abrió, por decirlo así, su propia existencia. «Él» gritó, sorprendido, «¡Yo soy Brahman!» y, con esta conciencia, dio la posibilidad de existir a todo el universo. La comunicación se hizo posible; apareció la comunión; se instauró la relación y, con esta, la existencia de la realidad. Entre *Brahman* y *aham-brahman* se extiende el *soy*, [el ser], el universo entero [temporal y espacial]. La única palabra que *aham* puede decir es *brahman*. Yo no *soy* ni (solo) cuerpo, ni (solo) mente, ni (exclusivamente) criatura, ni (únicamente) Dios; yo soy ciertamente todo esto y mucho más: *aham-Brahman*.

Por este motivo, la actitud espontánea del hombre, cuando es tocado por esta revelación, es exclamar: «Me ofrezco a mí mismo en oblación».

- 12 Ni por la palabra, ni por la mente,
ni por la vista, Él jamás puede alcanzarse.
¿Cómo puede percibirse entonces
si no se exclama «Él es»?
- 13 Hay que percibirlo en primer lugar como «Él es»
y después también su naturaleza existencial.
Cuando es percibido como «Él es»,
entonces Él muestra su naturaleza existencial.

¿Qué soy yo? *¡Yo soy Brahman!*

¡Sí, *yo soy Brahman*, yo soy!

¡En verdad me ofrezco a mí mismo en oblación!

MAHANARU 157-158

Solo en mí se origina el Todo,
el Todo está establecido en mí,
en mí descansan todas las cosas.
¡Yo soy el Brahman sin segundo!

KAIUVU 19

El encuentro *yoga*

Habiendo comprendido «Yo soy *Brahman*»,
uno se libera de cualquier atadura.

KATVU 17

Dado que *Brahman* es el Yo, queda lugar para el tú: «eso eres tú», el tú del Yo, el tú de *Brahman*. Esto es lo que uno es, un tú, nada más ni nada menos; nada más porque sin Yo no se tiene ni consistencia ni existencia; pero también nada menos porque en tanto se es *Brahman*, de *Brahman*, parecido a *Brahman*, se tiene un valor infinito, *sat, cit, ānānada*: ser, espíritu y gloria. Esto es lo que afirma la gran enseñanza védica.

Esta intuición implica la gran *metanoia*, es decir, la inversión del orden aparente de las cosas para adquirir la verdadera visión de la realidad. Esto nos pide cambiar el corazón, así como nos pide convertir el objeto en sujeto y viceversa, superar el egocentrismo y recuperar el verdadero carácter del *tú* de la criatura. Representa un cambio radical de perspectiva: nosotros somos un *tú* y el *tú* solo tiene significado para el Yo y solo existe a partir del Yo. El *tú* es solo «existente», es decir, respuesta, agradecimiento y amor. Según esta intuición, nuestra relación correcta con lo Supremo no es del tipo *Tú-yo* sino, al contrario, del tipo *Yo-tú*. El

Absoluto o *Brahman* o Dios —o cualquier otro término que prefiramos— no es el Tú —a quien podemos orar o pensar—, sino que el Yo y nosotros somos su tú. Esta relación personal del Yo con el tú deja espacio para el desarrollo total de mi ser y de mi persona.

Después de haber instruido largamente a su hijo Śvetaketu, el padre se dirige de nuevo a él y le dice: «Esto eres tú, *tat tvam asi.*»

«Esto» es el *ātman*, «esto» es *Brahman*, «esto» es la realidad. Ahora, esto que tú «eres», que está en ti, que reside dentro de ti, esto es *tvam*, un *tú*, el *tú*. No es algo diferente, no es otro «esto», es tu *tú*, el *tú* que eres. Tú no eres, oh Śvetaketu, una parte cualquiera del universo. Tú eres el *tú* de *Brahman*, el compañero de *Brahman*, no algo diferente ni mucho menos separado de él, porque tú eres su tú, su otro polo, su tensión y, se podría añadir, su «persona».

El ser humano es una persona porque es un tú y no emerge como persona cuando empieza a pensar o a conocer los objetos, sino cuando se da cuenta de que existe un Yo que le ama, le conoce, lo observa, lo busca. El ser persona surge con la conciencia del tú.

Śvetaketu, tú eres una persona, una persona humana, un tú; tú eres en tanto que eres querido, conocido, producido por el Yo, en cuanto que respondes a esta llamada, a este acto del Yo. Tú no eres el Yo, oh Śvetaketu, existe un único Yo, solo el Yo que puede decir

en verdad «Yo soy» (*aham-asmi*), Yo soy *Brahman* (*aham-brahman*). Este es el *ātman* supremo. Esto reside en ti, es tú, y es tú de modo que solo teniendo experiencia de esto puedes convertirte en y ser tú, tú-mismo, tu ser.

Tat tvam asi: tat, Brahman es un *tvam*, un tú en ti. Tú eres un tú de *Brahman*. Todo esto es posible precisamente porque *ātman-brahman*, es decir, porque *él*, a quien tú has descubierto como Yo, este *ātman*, que se te ha abierto, revelado como *Brahman*, tiene un tú en ti: de no ser así, tú no serías. Pero tú eres, tú eres un tú, el puente entre el *ātman* y *Brahman*, el anillo que los une e identifica. Este descubrimiento de la conciencia pura es lo que hace posible todo esto, porque ni tú eres sin el Yo, ni Él [el Yo] es sin ti. Y esta comprensión es lo que te hace emerger como un *tvam*, un tú que no es dualidad, sino precisamente la expresión de la adualidad del *ekam*, del Uno.

Toda la realidad subsiste en esta estructura relacional o personal. *Brahman*, la naturaleza del cual es pura conciencia, es el Yo único y último que existe, justamente porque tiene un *tú* que responde a su llamada fundamental, respondiéndole a través del *ātman*, sin dividir la *unidad* pura de todo. Esta extensión de la adualidad, esta tensión y polaridad dentro del Uno, que lo hace realmente adual, sin romper su unidad, es precisamente el misterio de la vida revelado en las Upaniṣad, cuyo punto culminante se encuentra en la experiencia del *tat tvam asi*.

Tú
tvam

Uddālaka Aruṇi dijo a su hijo Śvetaketu:

—Todos los seres vivos, querido, tienen su propia raíz en el Ser, tienen su propio lugar en el Ser, tienen su propio sustento en el Ser. [...] Este cuerpo muere cuando carece de la vida, pero la vida no muere. El elemento más sutil, es el Ser del mundo entero. Eso es la verdad; esto es el *ātman*; ¡esto eres tú, Śvetaketu!

—¡Oh, instruídme más, señor!

—De acuerdo, querido —dijo él.

—¡Tráeme el fruto de la higuera!

—¡Aquí lo tiene, señor!

—¡Ábrelo!

—¡Ya está, señor!

—¿Qué ves?

—Estas semillas tan pequeñas, que son como partículas minúsculas.

—¡Abre una!

—¡Ya está, señor!

—¿Qué ves?

—¡Absolutamente nada, señor! —respondió Śvetaketu. El padre añadió:

—¡Créeme, querido! El elemento más sutil, que tú no puedes percibir, ¡de este elemento tan sutil procede esta higuera! Eso que es el elemento más sutil, es el Ser del mundo entero: Eso es la verdad; eso es el *ātman*; ¡eso eres tú, Śvetaketu!

—¡Oh, instruídme más, señor!

—De acuerdo, querido —dijo él—. Pon esta sal dentro del agua y vuelve mañana por la mañana.

Así lo hizo. Entonces él le dijo:

—¡Tráeme la sal que pusiste dentro del agua ayer por la noche!

Cuando la buscó no la pudo encontrar, porque estaba completamente disuelta.

—¡Prueba el agua de esta parte! ¿Qué sabor tiene?

—Es salada.

—¡Prueba el agua del medio! ¿Qué sabor tiene?

—Es salada.

—¡Prueba el agua de esa parte! ¿Qué sabor tiene?

—Es salada.

—¡Pruébala una vez más y ven a mi lado!

Así lo hizo, [y dijo]:

—Es la misma.

Entonces su padre le dijo:

—Del mismo modo, tú no puedes percibir el Ser aquí, aunque esté siempre presente. El elemento más sutil es el Ser del mundo entero. Eso es la verdad; eso es el *ātman*; ¡eso eres tú, Śvetaketu! [...] Entonces él comprendió; en efecto, comprendió.

Tú eres en verdad el *Brahman* visible.
 Yo te proclamaré el *Brahman* visible.
 Yo te diré lo correcto, diré la verdad.
 ¡Que esto me proteja, que proteja a mi maestro!
 ¡Que esto me proteja, que proteja a mi maestro!
 ¡OM paz, paz, paz!

TU I,1

Como se ha dicho en otro lugar: el cuerpo es el arco, la sílaba OM es la flecha, la mente es su punta, la tiniebla es el blanco. Perforando la tiniebla se llega a lo que no está envuelto de tiniebla. Perforando lo que está envuelto de tiniebla se contempla el *Brahman*; como si fuera un disco centelleante de fuego, del color del sol, poderoso, más allá de la tiniebla, el *Brahman* que resplandece en el sol allá arriba, en la luna, en el fuego y en el rayo. Una vez se ha visto, se entra en la inmortalidad. Se ha dicho:

La contemplación dirigida hacia el interior de lo Supremo se desvía a menudo hacia los objetos externos.

La comprensión no calificada se vuelve calificada.

Pero la felicidad que se obtiene cuando la mente está
 absorta

tiene solo el *ātman* como testigo.

¡Ese es *Brahman*, el puro, el inmortal,

ese es la meta, ese es ciertamente el mundo!

MAITU VI,24

Aquel que es el *Brahman* supremo,
el *ātman* de todo, el gran fundamento
de todo este universo, más sutil
que lo sutil, eterno, ¡tú eres este!
¡Tú eres este!

KAIVU 16

Así hemos llegado al final de nuestra breve, pero intensa, incursión en el mundo védico. El texto original incluye también una séptima parte, «El crepúsculo», una colección de plegarias que hay que recitar en el momento de la salida y la puesta del sol.

Completemos, pues, nuestro recorrido *iniciático* con una de ellas, dedicada al fin último del peregrinaje humano en la tierra.

La inmortalidad

amṛta

Un camino conduce a lo impermanente;
otro, a lo permanente. Así lo hemos escuchado
de los sabios que nos lo revelaron.

Aquel que comprende tanto lo permanente
como lo impermanente,
manteniendo ambos en tensión,
con lo impermanente va más allá de la muerte
y con lo permanente alcanza la inmortalidad.

ISU 13.14

- 1 **MARIE BALMARY**
El monje y la psicoanalista

- 2 **RAIMON PANIKKAR**
Iniciación a los Veda

- 3 **TERESA FORCADES I VILA**
La teología feminista en la historia
(en prensa)

- 4 **JAVIER MELLONI**
Hacia un tiempo de síntesis (en prensa)

- 5 **AMADOR VEGA**
Tres poetas del exceso. La hermenéutica imposible en Eckhart, Silesius y Celan
(en prensa)

- 6 **MARIE BALMARY**
Freud hasta Dios (en prensa)

- 7 **LAIA DE AHUMADA**
Monjas (en prensa)

